C29522808

30

60



LA CONQUISTA DE VALENCIA.

J. HAZAÑA

ROMANCE HISTORICO.

Erase en el mes de Agosto,
principios del siglo trece,
cuando de Aragon D. Jaime
el Primero se resuelve
á conquistar á Valencia,
bella sultana que mecen
del Guadalaviar las aguas,
retratando en su corriente
las arabescas bellezas
de tallados agimeces.
Zaen valiente reinaba
en esta region, do crecen
las palmeras que hasta el cielo
sus ramas gigantes tienden.
De Monzon en el castillo
el mes de Octubre siguiente
se convocaron las córtes
á la voz del rey, que siempre
gustó escuchar de sus nobles
los distintos pareceres,
y el esforzado consejo
de oficiales y de gefes.
Las córtes allí reunidas,
al ver lo que el rey pretende,
cual si fueran un solo hombre
á cuyo esfuerzo potente
se derrumban las murallas,
los obstáculos se vencen,
y de la espada la punta
alcanzando vá la mente
á conquistar á Valencia
osadas se comprometen.
Al buen D. Guillen de Entenza,
el tio del rey, conceden
el mando de la frontera,
y general de las huestes
aragonesas le nombran,
cual á su esfuerzo compete,
que es D. Guillen un anciano
de ancha y arrugada frente,
que en cada arruga una hazaña
el valor en ella envuelve.
Comienza por la frontera
á distribuir su gente,
y en Poyo Santa María
con sus tropas se hizo fuerte.
Zaen, el rey de Valencia,
al ver que audaces pretenden
despojarle de su reino
los tercios aragoneses,
abandona su palacio,
levanta en armas sus gentes,

y dejando atrás Valencia,
que muellemente adormecen
mil aromas que saturan
sus auras tibias y leves,
con seiscientos de á caballo
bien armados y valientes,
y cuarenta mil peones,
de sus tropas el florete,
marcha á atacar el castillo
que los cristianos guarnecen.

. . . .

Era del Señor el año
mil doscientos treinta y siete,
y alguna nube lijera
por el espacio cerniéndose,
fuerte calor presagiaba,
pues el verano era fuerte.
El vigía del castillo
del Poyo, á la luz naciente
de la aurora que asomaba
desvaneciendo los pliegues
del manto con que la noche
cielo y tierra en sombra envuel-
distinguió lejos, muy lejos, (ve,
una masa que creciente
iba á sus ojos mostrando
cual una argentada sierpe
que del camino á lo lejos
tal á distancia parecen
de los aceros las chispas
y el brillo de los almetes.
«El enemigo» se oye
á través de las paredes
elevadas del castillo,
en tanto que el suelo hieren
el choque de los aceros
con su arrastrar estridente,
y las ferradas espuelas
y el casco de los corceles.
Y en confusa gritería
agitados se revuelven
hombres, armas y caballos,
hasta que al fin aparece
el buen D. Guillen de Entenza,
so cuya rugosa frente
brillan dos ojos de fuego
que en torno chispas desprenden.
Cruzó el de Entenza los brazos,
y contemplando á su gente,
con pausada voz les dijo
y con acento solemne:
—Por Dios, que mas que solda-
dijérase sois mugeres, (dos
pues la voz de «el enemigo»
bulla tal entre vos mete.
No os conozco, ¡qué magüer!
los bravos aragoneses
ante el peligro la voz
anudaban, porque siempre
de sus aceros las lenguas
agudas y relucientes
fueron para sus contrarios
la fabla mas elocuente.
Viene el enemigo, ¡y bien!...
¿por qué las armas tenedes?
¿qué, los cristianos guerreros
miedo habrán de los infieles?
Del de Entenza las palabras
en bélico fuego encienden
el pecho de sus soldados,
y todos luchar prometen
cual siempre luchar supieron
los bravos aragoneses.
«No entre los muros se aguarda
cuando el soldado es valiente,»
siguió D. Guillen diciendo,
«que si los muros son fuertes,
ser mas fuertes que los muros
los pechos cristianos suelen.
Quien quiera vencer, afuera;
quien tenga miedo, que quede.»

. . . .

El sol con sus rayos de oro
sobre las cumbres se mece
de los elevados montes,
en tanto que las dos huestes
al encontrarse se chocan
con tal furia, que parece
que los elementos todos
su imperio en el valle ejercen.
A los disparos de flechas
crúzanse masas potentes,
y el choque de los aceros,
y el trotar de los corceles,
y unos «adelante» gritan,
y otros atrás retroceden,
y á la imprecacion blasfema
sigue la plegaria ardiente,
ó el lastimero quejido
del que herido al suelo viene.

De Zaen las bravas tropas
ni un palmo en terreno ceden,
y ante el número se estrella
de los cristianos valientes
el empuje poderoso.
Ya del de Entenza las huestes
agobiadas ante el número
el rojo terreno ceden,
cuando airada y cavernosa
oyen la voz de su gefe
que «por S. Jorge,» les grita, (1)
«adelante, aragoneses.»
Y á la cabeza cargando
de un puñado de ginetes,
abre la masa compacta
de los infantes infieles,
por la cual entra su ejército
y á los moros acomete
con tal ímpetu, que á varas
y con desaliento ceden
el terreno á los cristianos,
cuyo valor en pos crece
del terror que en la morisma
la derrota en torno envuelve.
Brillante fué la jornada,
pero Dios quiso que fuese
tras de brillante gloriosa,
pues en cuanto al fuerte vuelven
del de Entenza los soldados,
ya ven qué fulgor desprende
enderedor la campana
que la alta torre guarnece.
Suben allá, y la rodilla
hincan aquellos valientes,
pues una imágen sagrada
de la Vírgen aparece
oculta en el ancho hueco
de la campana del fuerte.

* * *

Supo el rey en Zaragoza
nueva tan fausta y alegre,
y al punto la marcha ansioso
hácia el Poyo audaz emprende,
resuelto á tomar Valencia
aunque la vida le cueste.
A tiempo llegó D. Jaime
al Poyo, que ya la muerte
sus negras alas tendia
sobre el lecho en que doliente
el buen D. Guillen de Entenza
presa de violenta fiebre
cual caballero y cristiano
le rindió al Omnipotente
la vida que disputara
al furor de los infieles.
Del Poyo la gran capilla
manda D. Jaime que cuelguen,
y ante la Imágen sagrada
y ante el cuerpo del valiente,
juramento á sus soldados
les toma, en que le prometen,
ó conquistar á Valencia,
ó perecer como héroes.
¿Visteis cual el huracan
troncha y arrastra las mieses,
y derrumba las encinas,
y despeña las inertes
rocas gigantes, que solo
el águila hollarlas puede?...
Así D. Jaime y su ejército
llegan, arrancan y vencen,
y los moros, cual el ave
que vé sobre ella cernerse
el gavilan que en su vuelo
cual la flecha el viento hiende,
sus hogares asustados
abandonan con sus bienes,
y Bétera y Almenara,
Bulla, Burriana y los fuertes
desde Nules á Murviedro
toman los aragoneses.
Temeroso Zaen envia
de parlamento patentes
al esforzado D. Jaime,
el cual responde, que piense
en defender á Valencia
Zaen, si acaso le teme,
pues que tomarla ha jurado,
y ha de tomarla, y en breve.
Con mil peones tan solo
y cuatrocientos ginetes,
á los muros de Valencia
á poner el cerco viene
el rey D. Jaime, que fia
en Dios y en su buena suerte.
Entre la puerta templaria

(1) Despues de esta batalla se publicó que San Jorge habia peleado con los cristianos.

y la jaurcana estiende
el rey D. Jaime sus tropas,
porque allí el muro le ofrece
cierto ángulo, que abrigo
á los infantes promete
y comodidad holgada
para trabucos y arietes.
Zaen intentó que al campo
los de D. Jaime saliesen,
mas en vano lo intentaba,
que los cristianos, mas fuertes
se juzgaban ante el muro,
fortificándose siempre,
y aguardando que llegáse
un escuadron de franceses,
que el obispo de Narbona
escogió como valientes.
Ya desalentados iban
á entregarse, cuando tienen
aviso de que en el Grao
sobre las aguas se mecen
turcas galeras y naves
hasta algunas diez y siete.
Airados, una salida
ante el refuerzo pretenden,
y á D. Jaime, que mandaba
á los cristianos, le hieren
con una aguda saeta
que le penetra en la frente.
El conquistador la arranca,
y con el mandoble emprende
á aquella turba cobarde
que ante su aspecto imponente
hasta las puertas ansiosa
en dispersion retrocede.
Y al terror de la derrota
sigue el espanto, al saberse
que las galeras el ancla
han levado, porque temen
á la armada que en Tortosa
se ha formado y que en pos viene
persiguiendo á las galeras
que ni recursos ni gentes
prestar pueden á los moros.
Tambien la nueva se estiende
de que D. Pedro de Azagra
viene con golpe de gente
con D. Gimeno de Urrèa,
y que rendido ya tienen
el fuerte pueblo de Silla.
Ya derrotado é impotente
tuvo el soberbio Zaen
que rendirse, y ya previene
á Halialbata, su privado,
que á parlamentar se apreste.
Tambien Abulhamalet,
sobrino del rey, conviene
en hablar al rey cristiano,
y ante un concurso de fieles
acuerdo por ambas partes
se tomó, y era el siguiente:
«El rey Zaen á Valencia
al punto á D. Jaime entregue,
con las villas y castillos
que están del Júcar aquende;
salgan los moros tambien,
y marcharse libres pueden
con toda su plata y oro
y sus hijos y mugeres
hácia Cullera ó á Denia,
y los cristianos que dejen
salir libre á todo el mundo,
pues que clemencia le debe
el vencedor al vencido.
Que las treguas se respeten
por término de ocho años,
y en cinco dias despejen
los moros á la ciudad,
para que los nuestros entren.»

***

La víspera del Arcángel,
á últimos de Setiembre,
en Valencia aposentaron
las aragonesas huestes.
D. Ferrer de San Martin,
con aparato solemne
las mezquitas consagraba
templos del Omnipotente,
y en un solemne Te-Deum
á las regiones celestes
cantos de gozo llegaban,
que con acento ferviente
la Conquista de Valencia
á la Vírgen le agradecen.

LISARDO.

Imprenta de José M. Ayoldi.